

Ensoñaciones algorítmicas: materialismo histórico en la era digital

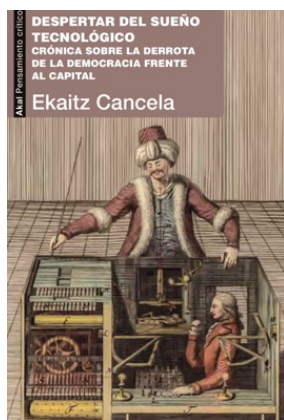
Algorithmic daydreams: historical materialism in the digital age

Juan Luis Nevado Encinas

Universidad Autónoma de Madrid (España)
juanluisne@gmail.com

Fecha de recepción: 29 de octubre de 2019

Fecha de aceptación: 30 de abril de 2020



Reseña de la obra/ Book Review: Cencela Rodríguez, Ekaitz(2019), *Despertar del sueño tecnológico. Crónica sobre la derrota de la democracia frente al capital*. Madrid: Akal. 445 p. ISBN: 978-84-460-4724-7.

Palabras claves: Democracia; Capitalismo; Materialismo histórico; Tecnología digital; Redes sociales

Keywords: Democracy; Capitalism; Historical materialism; Digital technology; Social networks

Si hay algo que retumba potente y reiteradamente en forma de eco con respecto a la comprensión de nuestro tiempo histórico es, sin duda, la siguiente máxima: “el fin de toda alternativa cualitativa al orden sistémico actual”. Pocas obras se han atrevido a desafiar esta consideración, pocas obras han intentado construir a partir de las contradicciones del presente. Por ello, las que lo hacen de forma genuina (o intentan), adquieren un doble valor: intelectual y político. ¿Estamos ante una de ellas? Veamos.

Despertar del sueño tecnológico. Crónica sobre la derrota de la democracia frente al capital se presenta, o es presentado, como un ensayo periodístico; nada más lejos de la realidad. El libro es un “rara avis” en el ambiente intelectual español:

es una obra eminentemente teórica proveniente del periodismo, pero alejada en estilo y temática de las producciones habituales. Su gran aporte en el panorama teórico y político nacional es su carácter pionero: uno de los primeros trabajos que problematizan, estructuralmente, la cuestión de la tecnología digital y la hegemonía del algoritmo desde una politización de sus implicaciones¹.

Desde un punto de vista estrictamente formal es menester decir que la obra es rica en contenido y matices, pero es excesivamente larga para las premisas teóricas que plantea; es redundante hasta la saciedad, los capítulos son confusos y apenas se delimitan las temáticas abordadas, comienza dando por sentada determinada conceptualización propia sin ser introducida previamente y el estilo narrativo hace fangosa su lectura (algo que, pese a todo, queda redimido con contrapesos más “literarios” que “ensayísticos” que hace que la narración termine brillando). Irónicamente replica ciertas tendencias de “narrativa posmodernista”, fragmentaria y sin una estructura clara. Pero seríamos injustos si sólo tuviésemos en cuenta estas consideraciones: su gran virtud es eminentemente teórica y analítica y aquí es donde Ekaitz se sitúa, sin miedo a decirlo, por encima de la mayoría de los periodistas “críticos” o teóricos del panorama nacional.

El libro pivota a través de la síntesis teórica de tres autores: Karl Marx, Walter Benjamin² y Evgeny Morozov; de hecho, la primera página es toda una declaración de intenciones sobre este asunto. Igualmente, la lectura, presenta una contradicción (dialéctica) interna que desvela, quizás, el verdadero carácter intelectual de Ekaitz: se denuncia, amargamente, en forma de grito ronco, “trágico”, el desuso y corrupción teórica del proyecto ilustrado por parte de sus “bastardos”, pero, por otro lado, se cuestiona la Ilustración y la modernidad en sí misma desde una mirada frankfurtiana. Lejos de ser una cuestión controvertida, que también³, ejemplifica muy locuazmente el carácter ambivalente de nuestro tiempo histórico: su comprensión

1 La “cuestión digital”, presentada a través de diferentes denominaciones, no ha irrumpido en el debate “público” nacional hasta muy recientemente; en este sentido señalamos dos obras que, por su presencia mediática, manifiestan el estado del mismo: una es *La izquierda que asaltó el algoritmo* (2018) del intelectual de Podemos Juan Carlos Monedero y otra la del expresidente del gobierno y presidente de FAES, José María Aznar, *El futuro es hoy* (2018), ambas analizadas por el propio Cancela. Véase: E. Cancela, “Izquierda y derecha en la lucha por el poder digital”, *El Salto*, 12 de noviembre de 2018. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/tecnologia/izquierda-y-derecha-en-la-lucha-por-el-poder-digital>

2 La admiración intelectual del autor con el filósofo marxista judeo-alemán es muy palpable: es la autoridad más citada con diferencia: 97 veces –es decir, casi cada 4 páginas–, por delante de Marx con 66 y de Morozov que aparece unas 64, ambos también muy por encima de Adorno, 19, Marcuse, 12, o Hayek, 12. La presencia de Benjamin es tan notoria que incluso “su” “autómata”, que se muestra en la primera de las *Tesis sobre el concepto de Historia* (figura inspirada en el Turco de Kempen), ilustra la portada.

3 Percibo cierta disonancia narrativa a lo largo de la obra; la rotundidad y seguridad teórica con la que se expresa en los capítulos finales (como en “el mito de la inteligencia artificial del capitalismo”, capítulo 9) se muestra de forma ms dilatada en los primeros, en especial en “a modo de *confesión*”, probablemente escrito con posterioridad

es el paso decisivo para el estudio de sus potencialidades internas. En este sentido, integra brillantemente las implicaciones teóricas de la crisis de la modernidad con conceptualizaciones tales como el repliegue a lo positivo (de Hayek a Gallego-Díaz) y las derivas racionalistas posmodernas: racionalidad de las partes e irracionalidad del todo al más puro estilo mandeliano.

Cancela parte de un esquema marxista tradicional, esquemático y con tintes de objetivismo⁴ economicista, pero enriquecido a través de herramientas de Walter Benjamin y los estudios de Evgeny Morozov. Este marco teórico es aplicado al capitalismo digital, siendo su base la “infraestructura tecnológica”. En este sentido, para Ekaitz, la cuestión material se agota en la estructura: la “economía” en un sentido amplio (fundamentándose en la cuestión de la propiedad de los medios de producción –engullendo en sí misma el resto de las cuestiones “estructurales”: división del trabajo o el desarrollo de las fuerzas productivas–). La supraestructura funcionaría como “expresión” en lenguaje benjaminiano: “la supraestructura es expresión de la base”, pero “esta determinación no es la de simple reflejo” (Cancela, 2019, p. 18). La expresión, según esto, determina la comprensión, conciencia, de la infraestructura. El papel de “expresión” que el genio alemán otorgaba al arte, como manifestación estética, Ekaitz se la otorgaría, en la era digital, al periodismo (el vástago del “uso público” de la razón kantiana⁵): “el periodismo se habría colocado en el lugar del arte, haciendo inminente su abolición” (Cancela, 2019, p. 21). La supraestructura, en el caso estudiado, respondería a lo que Morozov ha denominado como “supraestructura algorítmica” (Cancela, 2019, p. 18). Ekaitz refuerza la interpretación a través de conceptualizaciones gramscianas: hegemonía y sentido común de época (Silicon Valley y el neoliberalismo), que fortalecerían a la propia supraestructura, pero el autor no va más allá y evita caer en interpretaciones posmarxistas: huye de juegos de significantes y significados, lo que, quizás, fortalece cierto objetivismo en sus tesis argumentales.

4 Ekaitz es especialmente agudo y mordaz con respecto al (neo)concepto de “posverdad”: una forma de “cerrar el discurso dominante en torno a la idea de que ir en contra de la verdad establecida equivalía a apoyar ciertas prácticas que conducirían al caos y la violencia”, “la verdad coincidió en todo momento con las reglas del proceso de circulación de mercancías”, “desde tiempo atrás, los periódicos habían aceptado difundir la mentira y el engaño mediante la publicidad, ideas corporativas, a cambio de subsidios privados” (Cancela, 2019, p. 142), una posición, como él mismo señala, muy cercana a la lectura de Guy Debord con respecto a la “desinformación” (Cancela, p. 84). El problema es que parecería que Ekaitz remitiese, en última instancia, a una “verdad”, objetividad, –que no significación– que es necesario desvelar: las condiciones materiales (en cuanto a la propiedad de los medios de producción), que determinan el tiempo histórico. Siendo así la materialidad una especie de “a priori” anterior a la subjetividad y no una cuestión integrada en la misma.

5 La siguiente cita es, cuando menos, reveladora: “la esfera pública era una corporativa que las compañías tecnológicas privatizaron para después rentabilizar la atención de la opinión pública, aquella a la que una vez encandilara Goebbels gracias a la radio, fraguada cada vez más en lo que Max Weber podría haber llamado “jaulas de hierro”, a saber, una sociedad racionalizada, no bajo una forma de burocracia, sino algorítmica” (Cancela, 2019, p. 135).

El periodismo en la era digital está, según la obra, sometido al funcionamiento algorítmico: incapaz de aprehender la realidad y comprender el tiempo histórico: “cualquier verdad atribuida al periodismo es simplemente un falseamiento de la realidad ante la razón” (Cancela, 2019, p. 20). La información estaría incrustada en torno al juego de extracción de datos personales: perfeccionando racionalmente, a través del algoritmo, el conocimiento privatizado sobre los individuos; reforzando, así, el libre flujo de capitales, que es, a su vez, estimulado por el perfeccionamiento de la oferta que proporcionan los datos. Es decir (Cancela, 2019, p. 10):

Digamos que las grandes corporaciones [...] se encuentran guiadas hacia la extracción de una enorme cantidad de información procedente de la experiencia sensorial de los individuos, progresivamente despojados de toda noción colectiva, para acumularla en sus centros de almacenamiento.

Por ende, la sociedad de la información, o comunicación, *expresaría* las intenciones materiales del capital digital: incapaz de ofrecer un conocimiento sobre el verdadero flujo de la información en sí mismo: enturbiando la conciencia de la sociedad y fortaleciendo el mantenimiento estructural de las grandes compañías digitales. Alimentando, a su vez, su propia acción de extracción: privatizando toda experiencia social. Resumiendo: la experiencia (digital) determina la comprensión y significación de las propias bases estructurales haciendo uso de toda la herencia ilustrada más bastardizada (Cancela, 2019, p. 75):

En lugar de liberar al ser humano de ese mito dónde la razón contribuye a que el ser humano se libere de sus cadenas y alcance la mayoría de edad ilustrada, únicamente lo sustituye por una nueva superstición: el mito que precede a una realidad donde cada esfera de la vida es racionalizada gracias al poder corporativo para administrar la información de manera que convierte a los ciudadanos libres en usuarios bastardos.

Permítanme que me ponga metafórico, parecería con esto haberse solucionado (irónicamente) una de las principales controversias de la filosofía medieval⁶: la polémica con respecto a la ubicación del controvertido (y discutido) concepto de “entendimiento (o intelecto, *nous*) agente” aristotélico. Pues bien, es como si la cuestión hubiese vuelto a emerger en la era digital, nótese la ironía. En este caso la “supraestructura algorítmica” respondería a tal (pero corrompido): provocaría la abstracción de la forma hacia lo universal e “iluminaria” a su contraparte, el “entendimiento paciente (o pasivo)”: en este caso, el periodismo, que dotaría a los individuos, atomizados, el (des)conocimiento de lo universal o, mejor dicho, la (in)capacidad de aprehender el mundo, la realidad; en este caso, las relaciones de producción digital.

6 Esto adquiere un tinte de lo más poético: si en la obra, a través de Morozov, se mencionan prácticas de “feudalismo digital”, la cuestión adquiere su contrapunto: ¿una filosofía “medieval” para un “feudalismo digital”!

Volviendo al tema, Ekaitz, ante esta situación, busca revelar o desvelar la apariencia (expresión) supraestructural que proporciona la industria tecnológica para entender el tiempo histórico presente (como tiempo económico): la base tecnológica, y, con ello, estimular y generar una nueva conciencia social que, remitiéndose a Benjamin, “pulse el freno de mano de la historia”; en otras palabras, que rompa con las dinámicas lógicas del capitalismo digital fundamentadas y legitimadas en la prostitución de la vieja, y moribunda, categoría de progreso (inevitable) hacia lo (cualitativamente) mejor. Con todo ello, ¿qué pretende Ekaitz? Textualmente: “sacar a la luz dinámicas más profundas mediante la destrucción de las caretas de algunas de sus figuras” (Cancela, 2019, p. 31), o, de forma más clara, poner de manifiesto las contradicciones sistémicas del capital digital, en una lógica benjaminiana de “juego y apariencia”, para estudiar las posibilidades para la transformación material en pos de la emancipación desde una mirada de lucha de clases marxista.

En lo que más brilla la obra es en la plasmación y la descripción de las redes del capitalismo digital proyectadas históricamente y su consolidación a lo largo del tiempo como estructuras ampliamente financiarizadas. Ekaitz traza sus orígenes históricos a partir de la crisis del petróleo del 73, en donde la fianciarización, como sustitución del valor del intercambio (tangibile o intangible) por derivados financieros (especulativos), dió respuesta a la crisis de beneficio con respecto a la tradicional acumulación del capital (Cancela, 2019, p. 124). Junto a esto, en un contexto de Guerra Fría, Estados Unidos desarrolló, centrado en la seguridad nacional, un amplio programa de financiación público-privada (“hibridación”, tal y como recoge de Linda Weiss) hacia la industria de las comunicaciones (Cancela, 2019, p. 42), sometido, todo ello, a una consolidación hegemónica del neoliberalismo de los vástagos de Hayek, que convirtió a la desregularización en “sentido común”. En palabras de Cancela (2019, p. 94):

Decenas, cientos, miles de millones fueron invertidos por este Gobierno para que la transformación de los medios de comunicación y transporte se hiciera en la dirección establecida por las grandes empresas que determinaban su hegemonía global a golpe de colocar productos y servicios de consumo en el resto del planeta. [...] Olvidado [tras la caída del Muro de Berlín] aparentemente el Holocausto a golpe de mercancía, el consumidor –ya despojado de su condición de ciudadano– fue obligado a entregar su libertad al mercado. Nunca la enajenación humana había sido explotada tan productivamente en el mundo moderno como en aquellos días.

Para Ekaitz –bebiendo de la más rica tradición de la teoría crítica– los logros tecnológicos modernos que culminaron en el fascismo y sus prácticas –racionales– exterminadoras han sido continuados por Estados Unidos en un proceso de amplia financiarización –“Estados Unidos mostró una continuidad sobre los mismos logros tecnológicos gracias a los que el fascismo culminó con el tiempo moderno” (Cancela, 2019, p. 103)– presentándose a sí mismos como los salvadores de la humanidad (los herederos de las luces frente a las tinieblas fascistas), pero replicando el alienamiento

(con distinto propósito al del nacionalsocialismo) de todo individuo (cognitiva y no físicamente); en este caso, sometido a las lógicas digitales de extracción de datos, “todo anunciado a bombo y platillo como si la industria tecnológica heredara la ética ilustrada, y no su versión más totalitaria”. (Cancela, 2019, p. 106).

El proceso adquirió, según el autor, una mayor dimensión a partir de la crisis sistémica de 2008, en dónde, fundamentándose en Morozov, señala como “las tecnologías de la información [...] [aparecieron] como solución a los problemas de acumulación del capital a través de la mercantilización de los datos” (Cancela, 2019, p. 167). En esta coyuntura la (eterna) crisis del periodismo se salvó con la pérdida por parte de los medios de comunicación de sus imprentas; es decir, dejaron de ser dueños de los medios de producción de su propia información: el destino trágico del otrora “guardián de la democracia”. Facebook y Google sirvieron como de supuestos “salvavidas” (alzándose como los dueños de la imprenta digital, o mejor dicho la imprenta única y universal), manteniendo sus cabeceras a cambio de quedar incrustados en la industria de la extracción de los datos, convertidos en una suerte de servicio *premium*, reforzando, además, al capitalismo digital al ser incapaces de aprehender las condiciones materiales de su tiempo histórico.

Tras este proceso toda la industria de extracción de datos, teniendo al periodismo como intermediario –mercaderes de la información–, quedaba acoplada en la hegemonía monopolística de Google⁷ (y su matriz Alphabet) y un puñado de empresas (como Facebook o Amazon). Las cuales operaban extrayendo datos como información de cada una de las personas conectadas (eternamente) a la red y a cambio ofrecían de forma personalizada una serie de servicios adaptados a las necesidades individuales, tras previa desarticulación cognitiva, que el propio algoritmo hubiera decodificado. A este respecto Cancela señala sobre Google (2019, p. 99):

Google nunca fue un simple motor de búsqueda que contribuyó al progreso de la humanidad en un determinado momento de la historia, sino un motor para el despliegue de las fuerzas productivas, un interruptor aurático que activó la extracción de datos manteniendo abierta lo que debía haber sido una clausura epocal.

La consecuencia es que, en un periodo en el que ciertos teóricos posmodernos han hablado de “posnaturaleza” (donde la intervención humana ha alcanzado todos los espacios naturales), el capital ha derribado las barreras de la mente; es decir, como muy perspicazmente señala Ekaitz (2019, p. 117): “un terreno virgen para que las corporaciones estadounidenses perforaran mediante nuevas técnicas y extrajeran información sobre cada experiencia de la misma manera que con cualquiera de los otros bienes comunes presentes en la naturaleza”. Es más, Cancela (2019, p. 115) (nos) avisa, como si de un ontólogo se tratara: “el *ser* quedaba reducido a datos”.

7 El papel de Google es tan destacado en la obra que se menciona unas 273 veces (303 si contamos a Alphabet), es decir, tres de cada cuatro páginas, muy por encima de Facebook, que “a penas” aparece unas 130 veces, y Amazon (63).

Podríamos terminar diciendo que Ekaitz Cancela juega en unas contradicciones esquemáticas del marxismo de las que el mismo parece ser consciente⁸; esquematismo en sus intenciones, aunque no tanto en su aplicación a lo largo de la obra. Aunque, es cierto, que no sale de determinado economicismo determinista y objetivista que priva al libro de una visión más “integradora” sobre la problemática digital⁹. Igualmente, Cancela, parece sobrestimar el elemento consciente por parte los dueños de los medios de producción digitales en el proceso de establecimiento de la hegemonía algorítmica. El proceso, en sí, está sometido a sus propias dinámicas: se retroalimenta constantemente. Aquellos que generaron, produjeron y estimularon la consolidación de las estructuras tecnológicas y de comunicación, están sometidos a los mismos efectos que ellos producen: los replican, retroalimentando de esta forma el acontecimiento; son fruto de la fragmentación de la información y del dominio del consumo que han creado¹⁰. No es un asunto baladí: puesto que la realidad se ve replegada en sí misma: la concepción materialista es también “expresión”, es una cuestión indisoluble: la materialidad es el efecto del proceso histórico en todos sus matices, abarcando desde las relaciones de producción hasta sus efectos culturales y algorítmicos. Esto, de igual manera, reproduce un viejo debate leninista: la conciencia de clase (marxista) no se genera por la mera acción económica; la conciencia (emancipadora) debe introducirse desde “fuera”. De forma más clara: no brota naturalmente, es un agente externo, con lo que no bastaría con “iluminar” –“despertar del sueño tecnológico”– el conocimiento sobre las relaciones de producción (como momento previo a la acción política¹¹: ¿es acción política en sí misma!), puesto que no implicaría, necesariamente, una concienciación determinada.

8 Véase: primer capítulo: “A modo de confesión”.

9 Aún así la obra actúa como contrapunto necesario, centrando la atención en la producción, frente a la amplitud de obras que reducen la mirada sobre el consumo. Un apunte necesario para aclarar la intención de Cancela en el debate tecnológico.

10 El poder adquiere con ello un matiz autorreferencial, algo que Ekaitz parece no llegar a comprender con todas sus implicaciones: cuestiona el concepto foucaultiano de “poder indirecto”, puesto que “el poder nunca ha sido una casualidad del destino, de acuerdo con la interpretación de Michel Foucault, sino que respondía al desarrollo del sistema capitalista” (Cancela, 2019, p. 306) de esta forma critica que para el filósofo francés importase poco quien ejerciese el poder (Cancela, 2019, p. 302), como si supusiera una contradicción con la “realidad material” que intenta desentrañar. El problema emerge en tanto en cuanto la existencia de un poder indirecto no niega la intencionalidad de poderes directos: ambos se acoplan en un “todo”. Pero Ekaitz parece no asimilar que la hegemonía del algoritmo, en la medida que siga su propia lógica (¿quién sabe?), trascenderá a sus propios “amos”: importará poco quienes sean los dueños de los medios de producción digitales, su “poder” será naturalizado (en gran parte por los mecanismos digitales de influencia cognitiva que Ekaitz plasma de forma muy elocuente).

11 “Emerge, así como función social primera provocar las condiciones que favorezcan el despertar del sueño tecnológico. Más tarde, la existencia colectiva debe movilizarse de manera que las fuerzas resultantes sean colocadas al servicio de la emancipación social” (Cancela, 2019, p. 426). Pero, a vueltas con la autoconsciencia y la concienciación debemos ser honestos: Ekaitz finaliza la obra en un precioso panóptico emancipador que paradójicamente trasciende a su intención originaria; efectivamente: conciencia y culminación es un mismo todo político emancipador y así se plantea, pero no es suficiente: el camino ha sido vislumbrado, pero hace falta definirlo.

Quizás y sólo quizás, para mi desgracia, el panorama emancipador con respecto al capitalismo digital resulta más oscuro de lo que pretende Ekaitz describiendo (magistralmente –huelga a decirlo–) sus potencialidades.¹²

Pero seríamos, no obstante, injustos, si entendemos la obra como un todo en sí mismo. *Despertar del sueño tecnológico* es, y pretende ser, una semilla que brote en pos de construir un discurso contrahegemónico basado en la comprensión de las potencialidades históricas y orientado a la transformación sistémica. Con lo que, independientemente de las carencias y virtudes que presenta, el libro sí supone un éxito en este sentido: aporta una interpretación original sobre nuestro presente; por ende, las herramientas ofrecidas por Cancela deben servir en un doble sentido: centrar la atención política en la cuestión de la propiedad de los datos y motivar el estudio académico de las estructuras económicas de la era digital desde un punto de vista materialista. Es a este segundo punto al que queremos responder con la elaboración de la presente reseña.

12 De hecho, las “grandes cuestiones” emancipadoras que pretende abrir el texto no son resueltas; permítanme que las exponga aquí, en forma de nota a pie de página: ¿Cómo socializamos los datos?, ¿quién o qué debe llevarlo a cabo?, ¿qué hacer con los Estados liberales?, ¿cómo integramos la cuestión con el resto de los discursos emancipadores? (¿deben “simplemente” subordinarse?).

Con respecto a la última cuestión la obra presenta un desliz: Ekaitz parece “lamentar” que la clase haya “dejado de realizar alianzas entre sí, afirmándose en categorías como raza y género” (Cancela, 2019, p. 346), como si estas categorías –cuyo (supuesto) énfasis por parte de los movimientos emancipadores (no obreros) también es discutible– contribuyesen a la pérdida de conciencia de clase. Un argumento este, por cierto, muy similar a cierta deriva reaccionaria por parte de cierta izquierda.